

la leña y sube siempre más alto. Pensamos en seguida en San Juan de la Cruz pero además de la idéntica expresión nos enfrentamos con un pensamiento idéntico de cuyo desarrollo resaltan idénticas imágenes: «El amor solicita al ánima para que cada día más y más procure de agradar al que ama. Y por esto se compara con el fuego, que es cosa que no está quedo, mas siempre la *llama viva* está obrando y subiendo hacia arriba» (18).

Esta bíblica imagen del fuego de que se sirve Juan de Avila para describir el amor que se consume es muy frecuente en el «Epistolario» (19). Muchas veces brota en sus cartas en lirismo ardiente con una exaltación y embriaguez deslumbrantes: «Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor... ¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciende los corazones helados más que nieve y los convierte en amor!... Visitando la tierra, embriagaste los corazones terrenos. ¡Oh amantísimo Señor, suavísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo! Embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esa saeta de tu amor» (20).

A veces esta exaltación llega a tal extremo que se convierte en imágenes de increíble audacia: «Vamos a quien nos llama, y con tanto amor desde lo alto de la cruz, despedazada su carne, y quemada con fuego de amor, *para que más sabrosa nos sea*. ¡Oh si comiésemos! ¡Oh si nos transformásemos! ¡Oh si nos hiciésemos un espíritu con El» (21).

Tenemos que señalar otra mística imagen, que ha brotado bajo la pluma de nuestro Beato: la de la saeta que traspasa el corazón del amante. Pero el Amado exige la reciprocidad y quiere El también recibir la amorosa herida: «Justa causa es que seamos heridos con la dulce llaga del amor, pues vemos a El, no sólo herido, mas muerto de amor... Amemos... y heriremos a Dios, que con sólo amor es herido» (22). San Juan de la Cruz dirá más tarde; «¡Oh

(18) Carta núm. 159 (O. I, p. 939).

(19) Véase la Carta núm. 66 (O. I, p. 695), y núm. 6 (O. I, p. 439): «Quién, Señor, se absconderá del calor de tu corazón, que calienta el nuestro con su presencia y como de horno muy grande, saltan centellas a lo que está cerca».

(20) *Trat. del Amor de Dios* (O. II, p. 21).

(21) Carta núm. 64 (O. I, p. 691).

(22) Carta núm. 74 (O. I, p. 720-721).